



El legado de Paula Contreras

Puede que uno de los regalos más bonitos que he recibido en mi vida haya sido mi infancia, siempre lo pienso, y cuando hablo de ello con otras personas me doy cuenta de la suerte que he tenido.

Desde que falleció mi abuela Paula hemos estado hablando en mi familia del legado de Paula Contreras refiriéndonos en todo momento a su legado literario, el cual considero un regalo maravilloso y del que me siento muy orgullosa, pero si pienso en ella como mi abuela, lo primero que me viene a la cabeza son todos esos veranos de mi infancia que, gracias a ella y a mi abuelo, pude disfrutar.

Ellos me regalaron una familia estupenda llena de tíos y primos con los que he compartido infinidad de momentos, anécdotas y alguna aventura. Afortunadamente esa infancia fue tan importante y bien trabajada que, a pesar del paso del tiempo y las circunstancias de cada uno, la unión entre nosotros sigue existiendo, y ahora son nuestros hijos los que empiezan a generar sus propios recuerdos.

Mis abuelos vivían en Puerto Real, Cádiz, y además de su casa tenían un campito con piscina, jardín, columpios y pista de tenis, donde nos reuníamos toda la familia en verano. Primos éramos catorce, y ese número siempre se ampliaba con primos de primos o amigos de la familia. Hemos disfrutado mucho de esas reuniones, fiestas y meriendas en el campito, que con tanto cariño y trabajo por parte de los mayores se organizaban, pero también he disfrutado mucho de la casa de mis abuelos.

En esa casa, sin darnos cuenta, hemos aprendido a convivir respetando horarios y necesidades de mis abuelos, invadiendo el espacio que nuestra tía María Rosa compartía con ellos. Ella se llenaba de alegría al recibir las visitas, pero a la vez intentaba mantener un cierto orden entre todos los primos que veníamos a pasar allí los veranos, navidades y demás festividades.

Lo que nos daba esa casa es algo que siempre recordaremos, mayores y pequeños. Había mucho trabajo detrás, un trabajo invisible para nosotros, y nuestro regalo consistía simplemente en disfrutar.

Para los que veníamos de Madrid, además, la experiencia de poder vivir durante un mes en el pueblo era maravillosa. Salías a la calle sin peligro, mi abuela conocía y la conocían en



todos los comercios, y cualquiera con el que te cruzabas te decía aquello de ¿y tú de quién eres?, ¡ah!, de Alvarito.

Recuerdo ir con mi abuela a la heladería “La Valenciana” que estaba en la misma calle de su casa. Lo recuerdo bien, siempre a una hora extraña, sobre las cuatro o cuatro y media de la tarde, ella y yo solas, mucho calor. Supongo que íbamos siguiendo algún antojo de ella. Es de los últimos recuerdos que tengo saliendo con mi abuela a la calle, ya que luego la edad le impidió salir de casa. Nuestro helado favorito, el de turrón y limón, aunque yo creo que alguna vez nos tomamos alguna granizada.

Llegábamos, no había nadie, la heladería para nosotras, y nos quedábamos allí un buen rato tomando nuestro helado disfrutando de una tranquilidad que a menudo añoro. Me contaba historias de su niñez en Moriles, “Historias de un pueblo sin historia” que con los años tuve el

honor de conocer, viajando desde Madrid junto con mi marido, mi hija y mi mejor amiga y su familia, con motivo de la inauguración de La Ruta de Paula Contreras, Paisajes de Moriles en su propio pueblo.

Es increíble como un recuerdo aislado, se te queda fijado en la memoria y pueda llegar a significar tanto.

Una vez vi en una película que decía que la muerte no existía siempre que te recordaran, me gustó mucho esa reflexión, porque ese sería el secreto de la vida eterna, y mi abuela, gracias a su legado literario y al no literario, vivirá en mi para siempre.

Parece que la vida no es más que una carrera de relevos, y ahora me toca a mí, me toca dejar un legado bonito y darle a mi hija una infancia inolvidable, en eso estamos.

**Carmen Sánchez de Medina
Garrido**